

CHALLENGE COINS

Javier YUSTE GONZÁLEZ
Licenciado en Derecho



A necesidad casi visceral del Ser humano de querer representar el sentimiento de unidad o de pertenencia a un grupo, clan, pueblo, credo o nación nos persigue desde que, literalmente, nos paseábamos alegremente sobre la faz de la Tierra en nuestra «Juventud» portando algo a lo que podríamos denominar taparrabos. De este modo, hemos ido pasando por diferentes estados de evolución en el diseño de nuestros emblemas, cuyo máximo exponente es la Bandera de nuestra Patria.

La búsqueda

Puede que todo lo que nos suceda en la vida sea casualidad o que, simplemente, esté escrito desde hace mucho tiempo en algún amarillento legajo por una mano divina. No lo sé, pero esta idea me llevó, como en no pocas ocasiones a lo largo de mi existencia, a un puerto.

Un buen día me dio por entrar —una vez más— en un portal de subastas en su versión americana, y volví a buscar una revista que hacía tiempo había descubierto, pero que no me atreví a adquirir en aquel momento. Creo que por su descuidado y estropeado aspecto no me animé a hacerla parte de mi colección, a pesar de que contenía un tema interesante: el arma aeronaval estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. Quizás fuese una publicación de esos mismos años. Lo dejé pasar entonces, y transcurridas unas cuantas semanas regresé y, en el buscador, escribí la palabra clave «naval». Busqué sin acotar más, y de pronto me apareció «Base Naval de Rota» y una especie de medallón o moneda. De este modo es como me di de bruces con un elemento nuevo de la numismática que desconocía hasta entonces: las *challenge coins*. Las dejo con su denominación inglesa, ya que referirme a ellas como «monedas de desafío» se me antoja un tanto cursi. Es decir, que buscando una revista con décadas a sus espaldas hallé una nueva vertiente para mi afición de coleccionista. Estas monedas, empleadas en los ejércitos norteamericanos, no solí-

an ser vistas fuera de dichos círculos hasta hace poco más de una década, lo que hacía que su conocimiento fuese bastante limitado.

Un origen incierto

Esta «tradición numismática», enraizada en las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, se ha tratado de ver normalmente como algo casi exclusivo de ellas, y puede que sea así. Pero yo quería bucear un poco, no demasiado, para intentar hallar en el fondo arenoso del Pasado, quizás, el primer medallón de este tipo.

En la antigüedad muchos artesanos fabricaron medallones y monedas que se portaban con las armas para conmemorar triunfos y honores. Otras veces se trataba de objetos que distinguían al guerrero por su condición o valentía, o incluso por su riqueza.

Pero no es preciso ir tan lejos para apreciar la existencia y uso de estos medallones o monedas. Encontramos una referencia en la Guerra de los Boers (1899-1902), en la que el Ejército británico se valió de los servicios de mercenarios, algunos de los cuales mostraron gran valentía y arrojo en las diferentes acciones en las que intervinieron. Pero no estaba bien visto que se concediesen medallas o cualquier tipo de recompensas a este tipo de combatientes, bajo el criterio de que estos estaban al servicio del dinero y no del Imperio.



Podría denominarse como la culpable de todo este artículo: la *challenge coin* de la Base Naval de Rota.



Anverso de las catorce *challenge coins* que a día de hoy forman parte de mi colección. En la fila de abajo, la primera por la derecha es una moneda de dos euros que he puesto para que puedan hacer una comparación de tamaños. Las piezas son las siguientes: (de izquierda a derecha y de arriba abajo): Escuela Operacional de Inteligencia (guardacostas); de índole general de la Marina de los Estados Unidos; Unidades de Superficie; Comando del Servicio Naval Legal; Operación ENDURING FREEDOM; Escuela Naval de Anápolis; moneda con una aguerrida y marinera cabra, mascota de la Marina; piloto naval; USS *Washington* CVN-73; moneda de San Telmo; Reserva de los Guardacostas; moneda de los *Navy Seals*; Arma Submarina y Servicio Naval de Inteligencia Criminal.

Vamos, que eran unos mezquinos innobles y que con el salario tenían más que suficiente, dicho sea en plata y seguro que por la boca de algún oficial inglés de rancio abolengo. Sin embargo, entre los suboficiales comenzó a correr otra opinión y se llegó a considerar dicha práctica como poco acertada. Ahora bien, esto no supuso una reacción en cadena que hiciera temblar las canillas de los mandos, ni llegó a ser una voz lo suficientemente elevada. Así todo, se comenzó a otorgar medallas a los «soldados de fortuna» que se hubieran distinguido en batalla; eso sí, sin lazo, para que no pudiesen colgárselas de la pechera. Sí, tenían la medalla, pero a efectos prácticos seguían igual.

La Gran Guerra

Lo expuesto anteriormente supone un curioso dato, pero ya que estamos hablando de una tradición supuestamente exclusiva de las Fuerzas Armadas estadounidenses, diremos que se ha formado en el ámbito militar de ese país

cierta leyenda sobre su origen, aunque se carezca de los mínimos indicios sobre su veracidad. Una leyenda situada en una Europa masacrada en la Gran Guerra. Cuando la Primera Guerra Mundial estalló, la sociedad norteamericana la veía como una conflagración lejana con la que nada tenía que ver; todo gracias a la conocida Doctrina Monroe («América para los americanos»). Sin embargo, la clase universitaria de Yale y Harvard veía esa guerra como una especie de última cruzada romántica en la que enrolarse como voluntarios, quizás con una visión un poco superficial de lo que encontrarían en los campos de Flandes a bordo de aquellos frágiles biplanos que, a decir verdad, no eran más que tela y madera. A algunos de esos muchachos seguro que les rindió tributo Manfred Von Richtofen con sus rosas de Picardía, tras lo cual, arrancaría pedazos de aquellos aviones derribados que pasarían a formar parte de la colección de *souvenirs* de su amada madre.

Cierto día, en el seno de una de esas escuadrilla de voluntarios, seguramente en un momento de ocio o en pleno combate, al comandante se le ocurrió la feliz idea de plasmar el emblema de la unidad aérea en unos medallones que entregó a sus hombres para que los llevaran al cuello en un saquito de cuero. Poco tiempo después, todos ellos ya con su medallón, les volvió a tocar la suerte de salir en una nueva misión, aunque su moneda salió en cruz ya que todos los «pájaros» cayeron, sobreviviendo solo un piloto que rápidamente fue apresado por una patrulla alemana y custodiado en una población cuyo nombre se ha perdido en la memoria, pero que estaba muy cerca del frente. Se le despojó de todo elemento externo que hiciese entender su condición de piloto enemigo, pero sus guardianes no repararon en su saquito de piel al cuello.

Al caer la noche el pueblo fue bombardeado por los británicos, y el piloto, como era su obligación como soldado capturado, aprovechó la situación y el desconcierto para evadirse y llegar a las líneas aliadas. Sin embargo, las sorpresas desagradables no terminaron aquí. Volvió a ser apresado, pero en esta ocasión por milicianos franceses, que le colgaron el «sambenito» de que era un saboteador alemán. Y es que su acento no ayudaba mucho, por lo que acabó siendo sentenciado a muerte. Por una gracia de la Fortuna, esta vez el saquito no pasó desapercibido, y al ver sus captores el medallón lo reconocieron como el emblema de una unidad aliada a la que pertenecía el prisionero (tal y como trataba de explicar sin mucho éxito).

La buena estrella estuvo del lado de nuestro desconocido amigo, que no solo regresó vivo y feliz a su base, sino que además llevaba unas cuantas botellas de vino francés, cortesía de sus últimos captores.

Se tiene esta leyenda como el origen de las *challenge coins*, y forma parte del folklore militar estadounidense, pero para estudiosos como Kelvin Crow, historiador del Fort Leavenworth, a pesar de poder ser una historia real no tiene nada que la sustente. Y es que se pueden encontrar demasiadas y dispares versiones, que lo mismo consideran el medallón de bronce como de oro.

Segunda Guerra Mundial y Guerra Fría

Donde parece que puede encontrarse una base (aunque ésta no hace desmerecer para nada lo anteriormente relatado) es en la Segunda Guerra Mundial y en las décadas que siguieron a ésta con la tensa confrontación de poderes entre bloques. Época en las que a estas monedas comienza a acompañar una especie de juego en el que el perdedor paga la ronda de bebidas de todos sus camaradas.

En Alemania se crea el *Pfenning check*, juego en el que se hace uso de la pieza de menor valor del marco alemán. Se trataba de que aquel que no tuviese un pfenning, o no lo mostrase a tiempo, según fuesen las normas concretas, saldría por la puerta del bar con los bolsillos más livianos, para regocijo de sus camaradas.

A un nivel menos localizado geográficamente también aparece un juego similar, que responde al nombre de *Short snorter*, pero en el que vale cualquier divisa extranjera, dando lo mismo que sea en metal o en papel moneda. Al parecer había que construir una suerte de cadena sobre la barra del bar con monedas y billetes, y quien la rompía sufría las consecuencias económicas.

En ambos casos el juego dependía de que alguien lanzase un «reto» o «desafío» al poner la primera moneda o billete, para que los demás respondiesen rápidamente.

Estas prácticas de ocio o desafíos llevaron, al parecer, a la fundación del *Jolly Sixpence Club* de la mano del capitán Jim Harrington, del 107º de Infantería de la Guardia Nacional de Nueva York, en 1954. Todo ello basado en el *Pfenning check* y en el *Short snorter*, aunque con exóticas y raras monedas. Las aportaciones de este capitán continuaron, concediendo monedas a los soldados bajo su mando en relación a sus méritos, creando las bases del *María Theresa Thaler*.

Guerra del Vietnam

A pesar de la creatividad sin límite del capitán Harrington, hay voces que tratan de situar esta tradición en tiempos un poco más cercanos, no mucho, y en plena selva del Vietnam con los *Clubes de la bala*.

Se dice que los miembros de las unidades de operaciones especiales de los distintos cuerpos poseían una bala especial. Una bala que decoraban con marcas, pinturas, nombres, etc., haciéndolas únicas y bien diferenciadas. En un sentido macabro no falta quien opina que dichos proyectiles personalizados estaban destinados a un único cometido: el suicidio de su portador. La última bala —se dice que se llevaba en un bolsillo situado en la cadera—, destinada para la sien del soldado que ve cómo *Charlie* se abalanza sobre él, y la utiliza para evitar ser capturado. Lamento no estar muy de acuerdo sobre este aspec-



Reverso de las catorce *challenge coins* que a día de hoy forman parte de mi colección. Sirve la relación indicada para los anversos. Como curiosidad, la segunda por la izquierda de la fila de arriba contiene el Juramento de la Marina de los Estados Unidos. La que está justo a la derecha tiene un bonito detalle de la USS *Constitution*. Y la tercera por la izquierda de la fila de abajo contiene un tema bien curioso del Servicio Silencioso: «Algunos buques están diseñados para hundirse... Otros necesitan de nuestra ayuda».

to, ya que dichas balas no tenían por qué ser del mismo calibre usado habitualmente en el armamento de aquellas unidades, aparte de que el tamaño y el aspecto de la bala eran también tenidos en cuenta para destacar sobre las demás. Se comenta que había soldados que portaban balas de un calibre desproporcionado, por cuestiones de hombría. Al parecer hubo que tomar medidas para evitar el trasiego, desaparición, ocultación y trapicheo de munición operativa de notable calibre, transformándose entonces la tradición de la bala en la de la moneda.

Se crearon los llamados *Clubes de la bala*, que fueron populares en los círculos de fuerzas especiales, sobre todo en los lugares de ocio típicos de las guerras, iniciándose la costumbre de «desafiar» a otro miembro a mostrar su bala. Quien perdía, pagaba la ronda.

Reglas del desafío

No es fácil describir una uniformidad de reglas, ya que estas pueden variar según la unidad de la que hablemos, entre qué miembros, o incluso en qué

Fuerza nos encontremos; pero lo que sí está sentado es que el desafío se tiene que entablar en un bar. El desafiador muestra, tira, o hace sonar contra la barra su moneda con la idea de llamar la atención de algún compañero de armas sobre la misma. Tiene que haber un contacto visual o, en última instancia, auditivo de dicho desafío. Por lo general, aquel al que se desafía tiene que mostrar su propia moneda. Se dice que lo ha de hacer en un tiempo inferior a 10 segundos, aunque esto, como ya dije, varía. En caso de que no lo consiga, tendrá que pagar la ronda o a la copa (según sea), que no tendrá que ser necesariamente de bebidas alcohólicas, sino de lo que se esté tomando. Si los desafiados presentan su moneda, el desafiador paga.

Se establece como regla fija que es preceptivo enseñar a los novatos las instrucciones del desafío cuando se les hace entrega de sus monedas (te dan la mano y en la palma está la pieza y te dicen: «Bien hecho»), indicándoles que pueden ser desafiados en cualquier momento y lugar. Las tienen que guardar y llevar siempre encima, y nunca pueden ser entregadas como respuesta a un desafío, ya que para recuperarlas hay que negociar un rescate que no tiene por qué resultar barato. En caso de pérdida, ésta ha de ser reemplazada a la mayor brevedad posible. Solo tienen categoría de *challenge coins* las monedas como tales, no aquellas que se han convertido en hebillas de cinturón, o llaveros, o que forman parte de una pulsera, salvo si se cuelgan al cuello. El que se conceda una moneda a un nuevo miembro se considera un honor y por eso hay que guardarla y cuidarla. No se pueden perforar, aunque hay monedas en cuyo diseño se encuentran dichas perforaciones.

Fuera del ámbito militar

Hoy día no es preciso pertenecer a una unidad militar norteamericana para poseer estas monedas, ya que la costumbre se ha extendido a grupos civiles como seña de identidad y pertenencia, y son piezas muy deseadas por los coleccionistas. Una marea por la que me he dejado arrastrar, como ha quedado claro con la redacción de este artículo. Es más, llevo una en mi monedero, por si acaso. Espero haberles sorprendido con esta curiosidad.

BIBLIOGRAFÍA

NBC News Story about Military Challenge Coins. January 14th 2009 *Minting History*
 A Soldier's Mind <http://soldiermind.com/>
 CoinForce.com <http://www.coinforce.com/>
 Fort Leavenworth Lamp Online <http://www.ftleavenworthlamp.com/>
 Goat Locker <http://www.goatlocker.org/>